

Luis Alegre

Elogio de la homosexualidad

Arpa Editores Barcelona 200

A nadie gusta que se le haga ver que buena parte de sus miserias eran evitables...

José Cambor



¿Se acerca el fin de la heterosexualidad? Ese, al menos, es el escenario que anuncia Luis Alegre (Madrid, 1977) en su libro, *Elogio de la homosexualidad* (Arpa Editores, 2017). Es una obra que llega con el propósito de bombardear convicciones, no porque aporte una visión excesivamente novedosa sobre el tema que trata, ya que se apoya principalmente en los estudios de género y poder performativo del lenguaje, que tan fecundos han sido en la teorización sobre el mundo gay, sino por su habilidad para organizar todo ese material y presentarlo en una síntesis clara y reveladora, y, sobre todo, por ser capaz de apuntar con el dedo, quizá por primera vez de una manera tan desacomplejada, a un grupo de personas (los heterosexuales) que parecía estar al margen de toda crítica como categoría, para poner de manifiesto sus miserias. Eso hace que, si uno no está prevenido, sea fácil caer en la tentación de tomárselo demasiado al pie de la letra y tacharlo de simplificador y parcial. Pero este *Elogio* debe leerse en clave de *manifiesto*, y antes de abordar su lectura es imprescindible desprenderse de los prejuicios que exigen asepsia y equidistancia, pues es un texto que no solo tiene la voluntad de describir el mundo, sino, sobre todo, de cambiarlo, y por ello indefectiblemente ha de tomar partido. Esto no debe entenderse de ninguna manera como falta de rigor o de verdad, sino como una licencia para no ceñirse con excesiva rigidez a las categorías y también para constituirse, en cierta medida, como “portavoz” del colectivo homosexual, aunque el mismo autor reconozca que espera no tomar la palabra solo en su propio nombre, pues en ese caso, afirma, el libro carecería por completo de interés.

Dice Luis Alegre que es frecuente imaginarnos a nosotros mismos como los creadores de las reglas que rigen nuestra vida y, en esa medida, como sujetos libres. Pero en el mismo momento en que aprendemos las palabras y, con ellas, a distinguir unas cosas de otras, lo que hacemos sin notarlo siquiera es descargarnos el manual completo de instrucciones de nuestra propia vida.

Estas cuatro cosas —el momento temprano en que sucede, lo inadvertido del proceso, el hecho de que el manual se descargue en su totalidad, y la fuerza normativa que tienen las palabras— van a condicionar toda nuestra existencia futura. Porque las palabras no son un mero reflejo del modo como está configurado el mundo, sino el principio mismo de su configuración. A partir de estos elementos, las personas nos insertamos en una especie de Matrix que rige nuestros destinos sin que apenas nos demos cuenta de ello.

Esto es así porque las cosas están organizadas en “paquetes” predefinidos, aunque no tendrían por qué organizarse así (podríamos percibir las por separado o distribuir las en paquetes diferentes), pero, al construir nuestra visión del mundo, aprehendemos esos paquetes como unidades indivisibles porque así se nos viene enseñando desde tiempo inmemorial. De modo que nos encontramos los elementos del mundo agrupados en conjuntos estables, tal como cabría esperar si los conceptos se limitasen a nombrar las esencias de las cosas. Y ese es precisamente el peligro: lo fácil que es confundir esos constructos convencionales con la realidad en sí.

Todo esto nos coloca a los humanos en unas celdillas invisibles que ahorman nuestra vida y nuestra percepción del mundo, y nos obliga a tratar de coincidir continuamente con nuestra “esencia”, es decir, con las representaciones mentales que utilizamos para explicar quiénes somos. Y como, por lo general, no nos resulta difícil conseguirlo, confundimos el orden de las palabras con el orden natural e inevitable del mundo (las madres hacen cosas de madres y los cuñados hacen cosas de cuñados).

Sostiene Alegre que todo lo que somos o deseamos depende del nombre que le demos, y al utilizar las palabras esperamos encontrar unidos en el mundo los rasgos que van juntos en la idea. Como muchas veces ocurre así, no reparamos en que es porque alguien los juntó antes, y acabamos tomando las palabras por las esencias, estas por el orden natural del mundo y este por algo inalterable. Así, por ejemplo, las madres y esposas deben comportarse según un detalladísimo manual de instrucciones que acompaña los conceptos “ser madre” y “ser esposa” desde tiempo inmemorial, lo que exige ser capaz de realizar plenamente la esencia “mujer”, que seguramente implicará ser abnegada, renunciar a una vida profesional fuera del hogar y construir por completo la identidad propia alrededor de la maternidad. A este respecto, el autor relata una conversación muy significativa que mantuvo con un vecino de un pequeño pueblo murciano: este sostenía que las mujeres tienen el gen de la limpieza, lo que explicaría el hecho de que *por naturaleza* limpien mejor que los hombres. Por lo visto, esta afirmación era incontrovertible, por lo que su interlocutor invitó a Alegre a que preguntase a cualquier vecino o vecina su opinión, sin que este tuviera necesidad de practicar la encuesta para aventurar con pocas dudas el resultado.

El problema no radica en construirnos según esos paquetes: el problema es que el contenido de estos archivos es muchas veces opresivo; lo es, por supuesto, para quienes no encajan en ellos y los combaten, pero también, y en cierta manera de forma más dramática, para aquellos que se empeñan en cumplir con sus mandatos acríticamente.

Pero el Matrix que dibuja Alegre tiene también sus “Neos”, a los que no les resulta tan fácil encajar en la fantasía, y eso les impulsa a ponerla en cuestión: los homosexuales.

El autor se pregunta cómo es posible que todo este gran montaje funcione sin que los heterosexuales se den cuenta. La respuesta es que cuando la propia identidad está cortada por

el mismo patrón que la de todos, no surge ninguna necesidad de problematizar el asunto, cosa que sí ocurre cuando uno no se ajusta al modelo estándar.

Afirma que todos los homosexuales han pensado alguna vez en su vida de un modo consciente en la "homosexualidad", mientras que la mayoría de los heterosexuales jamás ha dedicado un minuto a pensar en serio en la heterosexualidad, por lo que los heterosexuales son heterosexuales como los pingüinos, pingüinos, o las bellotas, bellotas: de forma espontánea, sin necesidad de pensarse como tales. Y como los homosexuales no encajan en ese constructo, *necesitan* pensar sobre esas celdillas, y eso, a diferencia de lo que les ocurre a los heterosexuales, les ofrece la oportunidad de salirse de ellas y mirarlas desde fuera. Esa perspectiva privilegiada permite que los archivos de los homosexuales no se descarguen sin que estos hayan leído y aceptado las condiciones del contrato. Esto ocurre porque desde la infancia o adolescencia se descubren indagando qué es lo que falla, las palabras o las cosas, es decir, las jaulillas o ellos. Esta experiencia temprana de desacoplamiento puede llevar a la destrucción del individuo si se produce en condiciones de extrema presión social. El castigo de quedar al margen de las celdillas es convertirse en el rarito, el incapaz de responder con precisión a la más básica de las preguntas: ¿tú qué eres? Una pregunta a la que los heterosexuales ofrecen una respuesta automática, pues solo tienen que acudir al archivo que se han descargado y leerla. Sin embargo, el premio es convertirse en alguien más consciente y capaz de construir su destino según sus propias reglas y no las heredadas de sus ancestros.

Pero en este desacoplamiento es fundamental el factor tiempo, y por eso es mucho más difícil que se produzca en los heterosexuales, porque para cuando estos quieren pensar en las normas que les constituyen ya es demasiado tarde. A diferencia de los homosexuales, no se encuentran desde el momento en que instalan los archivos con un error que afecta de lleno al corazón del sistema operativo: algunas cosas que dicen los mayores son verdad y otras no. Y lo que descubren los homosexuales, que los ancestros no tienen la última palabra sobre lo bueno y lo malo, abre un margen de racionalidad y libertad desconocido para los heterosexuales, que no han podido liberarse del fantasma de Matrix antes de que este los posea hasta hacerse carne de su propia carne. Y no es que los homosexuales actúen sin sujeción a ningún paquete, ya que los seres humanos necesitan de estos para funcionar eficientemente, sino que, al encontrarse siempre con los "paquetes sin hacer", pueden convertirse en legisladores de sus propias vidas, modelando los paquetes según sus necesidades y no sus vidas según las necesidades de estos.

Dado que este fallo de Matrix ocurre en torno a la sexualidad, es precisamente cuando los "Neos" despliegan esta cuando ponen de manifiesto las contradicciones internas del archivo "heterosexualidad", y para Alegre esto es algo central para que todo el sistema empiece a tambalearse: si los elementos más cardinales de la masculinidad y la femineidad (poseer a una mujer, entregarse a un hombre), se pueden desprender de la articulación tradicional y componer de otra manera, no hay modo de considerar inamovibles los elementos periféricos: es decir, todo el constructo se viene abajo.

Si como dice Freud, el ser humano nace como un torrente primordial de deseos que se van encauzando a medida que se va formando su psique, es en el sexo donde las celdillas van a operar una mayor opresión. Al descargarse el archivo completo, a los heterosexuales les viene rellena de fábrica la casilla "sexo" y el margen de maniobra que les queda es muy escaso. En el sistema de celdillas, la sexualidad está frecuentemente organizada en posiciones de dominio, y

la del hombre es culturalmente estimulada y la de la mujer, reprimida. El sistema asigna a los varones el monopolio de la iniciativa y distribuye a las mujeres en dos rediles: las buenas (madres y esposas) y las malas (las putas). Con unas se hacen unas cosas y con otras, otras. Así dicho, quizá pueda parecer una formulación simplista, pero eso no invalida lo que de verdad hay en ella.

Si el varón heterosexual no quiere destruir su identidad, su propia esencia, no puede hacer ciertas cosas que quizá anhela, como mostrarse débil o sumiso, o abandonarse totalmente al control de su pareja sexual. A los heterosexuales les resulta muy difícil dar salida a ese torrente magmático sobre el que caminan, porque canalizan el deseo por cauces prefabricados.

Por su parte, los homosexuales, al escapar de esas celdillas en las que no encajaban, tampoco deben ceñirse a ninguna convención a la hora de relacionarse sexualmente, y pueden dar rienda suelta a la fantasía y la creatividad, y, dice Alegre, hacer de la sexualidad una de las bellas artes e investigar el deseo como se investiga a un acusado para arrancarle información que se resiste a aportar.

La visibilidad que el colectivo LGTBQI ha ido conquistando con los años ha sacado a la luz la libertad con la que los homosexuales viven su sexualidad, dejando al descubierto un mundo que los heterosexuales han empezado a sospechar más libre y más divertido que el propio. Y esta sospecha ha empezado a cambiar hábitos entre los heterosexuales, o al menos les ha movido a replantearse las cosas. Afirma el autor que los homosexuales como vanguardia llevan años abriendo brecha para hacer a todos más libres, para que también los heterosexuales se puedan liberar del manual de instrucciones en el que consiste ser una "persona normal": ahora los hombres heterosexuales, si quieren, pueden no dar golpes a sus amigos para mostrarles afecto. Y en breve, las mujeres heterosexuales no tendrán más obligación de depilarse que los hombres.

La homosexualidad por sí misma deja al descubierto que los paquetes se componen de elementos que se dejan manejar por separado, y eso es algo que a los guardianes de las esencias no les hace ninguna gracia, aunque, más que los homosexuales en sí, lo que les molesta es ver destruidas las jaulas que encerraban a los heterosexuales. Cual programas de Matrix, consideran a las celdillas más importantes que a los individuos, y su tarea se limita a velar por el concepto puro, así que les resulta indiferente la suerte que corran las personas de carne y hueso.

Estamos, según Alegre, en la época dorada de la homosexualidad, y los homosexuales, como embajadores de la humanidad, están levantando la venda que permitía la ficción y, en un futuro próximo, ya nadie podrá engañar a nadie haciéndole confundir el mundo con los frascos y las etiquetas con que se construye conceptualmente. Esta liberación llegará de dos maneras posibles, pero con un único resultado. O las celdillas perderán progresivamente rigidez hasta acabar disolviéndose, dejando únicamente a una variedad infinita de individuos, ninguno de los cuales encajaría del todo en una de las celdillas, o se mantendrán las casillas, pero dando cabida cada vez a una diversidad mayor de ellas hasta el punto de que cualquiera pueda encontrar (o en su caso crear) la casilla en la que sentirse cómodo. En este sentido, Alegre hace un repaso de las siglas L, G, T, B, Q, I (lesbianas, gais, transexuales, bisexuales, *queer*, intersexuales...), abriendo la puerta a cuantas letras del abecedario sean necesarias para que cada individuo construya su identidad según sus propias necesidades y no las de una forma creada sin su consentimiento que controla de manera inadvertida y obsesiva en los detalles toda su vida.

Y cuando las celdillas se vengán abajo, desaparecerá la heterosexualidad y con ella también se podrá poner fin a la homosexualidad, pues, esta, dice Alegre, no es más que una labor de zapa.

A veces, las afirmaciones más rotundas no son sino sugerencias disfrazadas, y en este sentido, quizá uno de los mayores atractivos del libro sea la forma en que está escrito. El uso de un estilo provocador y panfletario y la claridad casi pedagógica de su exposición, apuntalada por un empleo virtuoso de la metáfora, convierten esta obra en una lectura muy amena, sin que eso suponga renunciar a las exigencias de calidad literaria ni a un contenido crítico, profundo y de una sorprendente lucidez. Esta reflexión filosófica escrita sobre y desde el colectivo LGTBQI, en la estela de libros como el ya clásico *Ética marica* de Paco Vidarte y con la misma voluntad de perdurar que este, no pretende describir el mundo gay de forma minuciosa, ni mucho menos agotar el asunto, sino investigar ciertas dinámicas que le son propias, y si bien por su particular condición de *elogio* pinta el ámbito de la homosexualidad con colores quizá demasiado brillantes y deja de lado ciertas sombras que en una obra de otras características deberían tenerse en cuenta, debe concedérsele como mínimo la innegable virtud de ser capaz de inquietar conciencias y de invitar a un debate serio a aquellos más necesitados de su lectura, que, paradójicamente, son quienes probablemente no lo vayan a leer nunca: los heterosexuales.

24 5 2017